

## De la *excellentia* al *magis*

### Las tensiones espirituales de la universidad jesuita

Cuanto más me analizo, más descubro esta verdad psicológica: que ningún hombre levanta al dedo meñique para la menor obra sin que le mueva la convicción, más o menos oscura, de que está trabajando infinitesimalmente (al menos de modo indirecto) para la edificación de algo definitivo, es decir, tu misma obra, Dios mío.

Teilhard de Chardin (1972, 30)

Universalidad y excelencia configuran el ADN del saber universitario. La docencia y la investigación universitarias están permanentemente tensionadas hacia horizontes de totalidad y máximo rigor. Etimológicamente *excellentia* significa tensión, alude a lo que empuja hacia afuera buscando sobresalir. Atendiendo a esta dinámica tensional, podemos concluir que la excelencia universitaria es una forma específica de espiritualidad, toda vez que esta última puede definirse a su vez como la capacidad de relacionarse con la realidad con «ultimidad»<sup>1</sup>. Si la excelencia es una tensión académica que busca un saber último, la espiritualidad es una tensión antropológica presente en todo ser humano que, sin excepción, busca orientar su vida desde horizontes definitivos.

#### *El «magis» de la espiritualidad ignaciana*

A la tensión espiritual de la excelencia común a cualquier universidad, la jesuítica añade el reto del *magis*, el «más» ignaciano. Para la espiritualidad creyente de los jesuitas, «la ultimidad» está habitada por un Dios personal que convoca y envía.

---

<sup>1</sup> Todo ser humano tiene una «vida espiritual», pues, lo quiera o no, lo sepa o no, está abocado a confrontarse con la realidad y está dotado de la capacidad de reaccionar ante ella con ultimidad. «Vida espiritual» es, por lo tanto, una tautología, pues todo ser humano vive su vida con espíritu. Otra cosa es, por supuesto, cuál sea ese espíritu con que vive, pero indudablemente vive con espíritu. (Sobrino 1994, 452)

Para san Ignacio, el fundador de la Compañía de Jesús, todo había de hacerse para la mayor gloria de Dios (AMDG), ese era su horizonte tensional personal y la espiritualidad que anima toda obra jesuítica.

*Excellentia* y *magis* no son experiencias homologables, el *magis* se edifica sobre una vivencia creyente no exigible a la excelencia secular; pero, como acabamos de ver, a pesar de sus diferencias ambas comparten dinámicas y relaciones similares. Todos los miembros de una universidad jesuítica son invitados a transitar entre las tensiones espirituales de la *excellentia* y el *magis*. Este escrito se mueve libremente entre las dos, con la única pretensión de dibujar una breve cartografía de las tensiones espirituales que deberían agitar el mundo interior de todo universitario y más específicamente del alumnado de una institución jesuítica. Haciéndome eco de aquella advertencia de los Ejercicios Espirituales que cuestiona la práctica del ejercitante cuando este no muestra ningún signo de conmoción interna<sup>2</sup>, habría que sospechar del talante universitario de aquellos alumnos y alumnas que, a lo largo de su periplo académico, no hayan sentido nunca la tensión de ningún imperativo de excelencia.

### **Fundamentos primeros y razones últimas**

Interioridad y trascendencia demarcan el espacio en el que se desenvuelve toda experiencia espiritual. En su interacción con la realidad, la persona espiritual tensionará su vivencia hacia las raíces que la sustentan y el horizonte último que la convoca. Idénticas tensiones que apremian al saber universitario urgiéndole a llegar a los fundamentos del conocimiento y a sus últimas razones. En esos términos se refería a la excelencia universitaria el padre Kolvenbach en su alocución a la comunidad educativa de ETEA (Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Loyola Andalucía —Córdoba, España—) en el año 1994:

16. (...) El saber universitario es, por eso, un saber que se esfuerza siempre por llegar a los fundamentos de los conocimientos y a sus últimas razones.

---

<sup>2</sup> 6º anotación. La sexta: el que da los ejercicios, cuando siente que al que se ejercita no le vienen algunas mociones espirituales en su ánima, así como consolaciones o desolaciones, ni es agitado de varios espíritus, mucho le debe interrogar cerca de los ejercicios, si los hace, a sus tiempos destinados, y como (...). Los textos ignacianos utilizados en este escrito, tanto de la *Autobiografía* como de los *Ejercicios Espirituales*, están tomados de las *Obras Completas de Ignacio de Loyola* (Loyola, Ignacio; 1963).

17. De ahí deriva otra característica que marca el quehacer universitario, que es su insatisfacción permanente con los resultados obtenidos y su continuo afán de superación y de excelencia (P. Kolvenbach s.f.).

Confrontadas con el *magis* ignaciano, las tensiones centrípetas y centrífugas de la excelencia universitaria remiten al discernimiento de los «espíritus» que habitan la realidad y al principio último de la universalidad como bien común.

### *Fundamentos primeros: la entraña «duélica» de la realidad*

En los primeros balbuceos de su itinerario espiritual, Ignacio de Loyola se asombra de la variedad de mociones que agitaban su mundo interior<sup>3</sup>. La disección rigurosa de esos movimientos interiores constituye el germen del «discernimiento» que caracterizará a la espiritualidad ignaciana. Desde nuestra perspectiva universitaria nos interesa retener cómo, en el trasfondo de esa diversidad de espíritus, Ignacio reconoce la presencia de fuerzas divinas y demoniacas inscritas en la realidad histórica y personal. Como he dicho en otro lugar, no hablamos aquí de experiencias paranormales ni posesiones diabólicas (Laguna 2018); expresado en un lenguaje medieval donde la existencia de ángeles y demonios que consuelan o turban el ánimo se asume con total naturalidad, Ignacio nos pone sobre la pista de lo que la teología posterior explicitará como dinámicas de pecado (y de gracia) que «compiten» por configurar la realidad. Las conferencias episcopales de Medellín y Puebla, y posteriormente el papa Juan Pablo II hablaron de «pecado estructural» para identificar dinámicas sociales perversas que se posicionan combativamente en contra del bien común.

[36]. Por tanto, hay que destacar que un mundo dividido en bloques, presididos a su vez por ideologías rígidas, donde en lugar de la interdependencia y la solidaridad, dominan diferentes formas de imperialismo, no es más que un mundo

---

<sup>3</sup> [8]. Había todavía esta diferencia: que cuando pensaba en aquello del mundo, se deleitaba mucho; mas cuando después de cansado lo dejaba, hallábase seco y descontento; y cuando en ir a Jerusalén descalzo, y en no comer sino yerbas, y en hacer todos los demás rigores que veía haber hecho los santos; no solamente se consolaba cuando estaba en los tales pensamientos, mas aun después de dejando, quedaba contento y alegre. Mas no miraba en ello, ni se paraba a ponderar esta diferencia, hasta en tanto que una vez se le abrieron un poco los ojos, y empezó a maravillarse desta diversidad y a hacer reflexión sobre ella. Cogiendo por experiencia que de unos pensamientos quedaba triste, y de otros alegre, y poco a poco viniendo a conocer la diversidad de los espíritus que se agitaban, el uno del demonio, y el otro de Dios. Este fue el primero discurso que hizo en las cosas de Dios; y después cuando hizo los ejercicios, de aquí comenzó a tomar lumbre para lo de la diversidad de espíritus.

sometido a *estructuras de pecado*. La suma de factores negativos, que actúan contrariamente a una verdadera conciencia del *bien común* universal y de la exigencia de favorecerlo, parece crear, en las personas e instituciones, un obstáculo difícil de superar. Si la situación actual hay que atribuirla a dificultades de diversa índole, se debe hablar de «estructuras de pecado», las cuales — como ya he dicho en la Exhortación Apostólica *Reconciliatio et paenitentia*— se fundan en el pecado personal y, por consiguiente, están unidas siempre a *actos concretos* de las personas, que las introducen, y hacen difícil su eliminación. Y así estas mismas estructuras se refuerzan, se difunden y son fuente de otros pecados, condicionando la conducta de los hombres.

«Pecado» y «estructuras de pecado», son categorías que no se aplican frecuentemente a la situación del mundo contemporáneo. Sin embargo, no se puede llegar fácilmente a una comprensión profunda de la realidad que tenemos ante nuestros ojos, sin dar un nombre a la raíz de los males que nos aquejan (Juan Pablo II 1987).

«No se puede llegar fácilmente a una comprensión profunda de la realidad que tenemos ante nuestros ojos, sin dar un nombre a la raíz de los males que nos aquejan», la frase que cierra nuestra cita de la encíclica *Sollicitudo Rei Socialis* se presenta como imperativo universitario de un saber excelente llamado a bucear en las aguas abisales de la realidad.

Aunque la espiritualidad se suele asociar con estados de paz, quietud y bienestar, lo cierto es que una experiencia espiritual lúcida se topará enseguida con la reacción batalladora que surge cada vez que se intenta instaurar el bien. Dicho en lenguaje evangélico, cada acción en favor del reino de Dios suscita la hostilidad de reacciones ofensivas de antirreino. El mundo como campo de batalla entre fuerzas antagónicas ha sido la matriz de comprensión de muchas espiritualidades de signo liberador y de no pocas excelencias de entronque dialéctico. El reto espiritual y académico que se presenta en el momento actual de un mundo globalizado es cómo seguir dando cuenta de esa lucha subterránea entre el bien y el mal desde discernimientos socioanalíticos que han renunciado a hermenéuticas dialécticas en su interpretación de la realidad. El teólogo Jon Sobrino alerta sobre la falta actual de lecturas dialécticas que, a la postre, ignoran culpablemente la realidad de la opresión y alimenta un uso ideológico del lenguaje para encubrir la realidad de un mundo estructuralmente injusto:

Hoy se hace hincapié en todo lo que sea diálogo, negociación, tolerancia, y se rehúye tanto todo lo que sea confrontación, que pareciera que los pobres hubieran caído del cielo (o, mirando los horrores de este mundo, mejor sería decir que han surgido del infierno) y que los problemas quedarían resueltos por alguna mano

invisible que quebraría el egoísmo de los poderosos y reblandecería la injusticia, la mentira y la violencia estructurales. Más bien se tiende a evitarlo.

En esa situación hay que recordar la verdad bíblica e histórica fundamental, que tanto se proclamó alrededor de Medellín y de Puebla: «Hay ricos porque hay pobres, y hay pobres porque hay ricos».

[...] Con «globalización» se quiere comunicar e imponer un juicio de valor: *lo que está ocurriendo es bueno*: vivimos en un mundo *inclusivo*, de todos, y es —o será pronto— para todos un mundo sustancialmente *homogéneo* y *armónico*; no vivimos pues en un poliedro regular y deforme, aunque en él pudieran caber todos; vivimos en un mundo en camino hacia la *perfección*, lo que es sugerido explícitamente por el término globalización: la *belleza* de la *redondez*, y la *equidad* dentro del todo, la *equi*-distancia entre todos los puntos de la superficie del globo y su centro; ese mundo *globalizado* es predicado como buena noticia *escatológica*, como lo esperado por todos, desde hace mucho tiempo, y ahora con mejores argumentos —y con mayores posibilidades— que los de Fukuyama con su «fin de la historia» (Sobrino 2007, 54, 69-70).

La evidente insuficiencia de los análisis hegeliano-marxistas añejos para explicar las dinámicas internas de las sociedades globalizadas y digitales del siglo XXI, no exime al saber universitario de su responsabilidad última de explicar los porqués (ahora sistémicos) de desigualdades e injusticias que siguen configurando nuestro presente. Como sociedades y democracias cada vez más complejas necesitamos ámbitos de reflexión y conocimiento que nos expliquen con rigor qué está ocurriendo en un mundo entreverado de crisis. En el cambio de era en el que estamos inmersos necesitamos saber desde dónde nos movemos, hacia dónde lo hacemos y quiénes son los actores principales de esos movimientos. En un mundo que, como decía el sociólogo Zygmunt Bauman, se nos ha vuelto «líquido» necesitamos expertos y expertas en análisis de fluidos. Hasta hace unas décadas sabíamos cómo funcionaba un mundo sólido, entendíamos cómo actuaban las relaciones causales de la física newtoniana (actuando sobre «A» el efecto siempre era «B»), pero esa concepción determinista de los fenómenos ya no se da en la realidad «líquida»: actuando sobre «A» pueden acontecer «B», «C», «D», incluso «A'» y «no-A». Hemos pasado de vivir en sistemas lineales a hacerlo sistemas complejos. Y esto no solo en el mundo físico sino también en el social. Nuestras democracias se han complejizado (Innerarity 2020), las dialécticas que hasta hace poco nos explicaban el devenir histórico como lucha de contrarios (norte-sur, opresor-oprimido, inclusión-exclusión), no son capaces de justificar ya las razones últimas por las cuales la invasión de Ucrania por parte de Rusia, amenaza con hambrunas en grandes regiones de África y Oriente Próximo,

desde Jordania hasta Ghana pasando por Níger; o los nexos causales que conectan la deforestación amazónica con las olas de calor que abrasan bosques y ciudades europeas.

Necesitamos conocer el entramado interno que conecta transversalmente crisis sociales y ecológicas, progreso y bien común, feminismo y mercado, neoliberalismo y patriarcado, colonialismo y violencia estructural, nuevas tecnologías y migraciones... Y esto no por mera curiosidad intelectual sino por imperativo vital: en el conocimiento riguroso de la realidad nos va la vida, con especial preocupación la de aquellos y aquellas que, como decía el mártir Ignacio Ellacuría, no la dan la por supuesta. En un contexto de crisis planetarias que se solapan (crisis ecológica, financiera, democrática, identitaria, energética...) necesitamos un saber excelente que se adentre en los intersticios de la realidad y nos desvele el tronco común de una crisis que hoy se expresa en el conflicto inédito entre vida y producción. Por primera vez en la historia de la humanidad, nuestros modos de convivencia, consumo y producción ponen en riesgo la vida misma. *Zoé* y *bio* han entrado en conflicto, nuestra vida cultural (*zoé*) amenaza nuestra supervivencia física (*bios*). Este es el trasfondo duélico de la realidad que el *magis* reconoce desde antiguo como pecado estructural o antirreino.

#### *Excelencia como saber complejo y conflictual*

Entender universitariamente los fundamentos primeros de la realidad requiere la excelencia de un saber complejo. El conocimiento universitario necesita romper las fronteras de sus disciplinas. Solo un pensamiento híbrido transdisciplinar capaz de entrecruzar ciencia, valores, costumbres, ritos, culturas y creencias puede hacerse cargo con rigor intelectual de la naturaleza compleja de la realidad. La división clásica de ciencias y humanidades resulta ineficaz a la hora de entender y transformar el mundo. Hoy ya no basta con el añadido de asignaturas de valores en las carreras técnicas y, en sentido inverso, la provisión de evidencias científicas para los estudios filosóficos. El profesional universitario del futuro que ya habitamos debe poseer una síntesis técnico-humanística que le permita leer en profundidad una realidad en la que las decisiones técnicas que buscan transformarla asuman lúcidamente sus implicaciones conflictuales con la sostenibilidad y el bien común (dos criterios que, como enseguida veremos, son las declinaciones actuales del horizonte de la universalidad).

### *Epistemologías periféricas*

La excelencia de un saber complejo requiere incorporar al corpus de saberes oficiales aquellos conocimientos subalternos que la academia suele despreciar como insignificantes (por invisibilizados y porque no se les reconoce valía para construir significados relevantes). La universidad soñada por Ignacio Ellacuría pedía abrirse hacia epistemologías periféricas como atalaya privilegiada desde la que leer honestamente la realidad y como resquicios por los que la novedad histórica podía abrirse paso (Lacey 2002). En plena efervescencia de la cultura de los algoritmos que predicen y prescriben hábitos de vida y consumo, conviene advertir que detrás de no pocas pseudo-novedades científicas se esconde una mera repetición acrítica de los patrones inmovilistas de siempre:

Por extraño que pueda parecer, muchos de los avances tecnológicos que se presentan como puertas a un futuro novedoso no hacen sino reforzar posiciones reaccionarias. La yuxtaposición de conocimientos digitales no inaugura necesariamente ninguna realidad nueva digna de tal nombre. El desarrollo del Big Data aplicado a la inteligencia artificial evidencia con rotundidad lo que quiero decir: las máquinas que toman cada vez más decisiones autónomas se entrenan con los algoritmos matemáticos de millones de decisiones que otros han tomado ya. El ordenador del coche sin conductor de Tesla «decidirá» atropellar al peatón que irrumpe sorpresivamente en su trayectoria o autoinmolarse estrellando el vehículo en función de un cálculo de probabilidades previamente determinado (por no entrar en la «determinación económica» que exige que la decisión ética se decante siempre a favor del propietario). El mismo cálculo de probabilidades con el que el robot de una entidad bancaria resuelve si conceder o no el crédito que el cliente solicita. El debate ético que abre el uso de la inteligencia artificial es apasionante, pero la fascinación digital suele ocultar que los algoritmos matemáticos nunca podrán irán más allá de elecciones predecibles. La novedad acontece allí donde el patrón se rompe y se alumbra una opción no previsible. Solo el pensamiento crítico es capaz de saltar los límites y atisbar futuros alternativos. Puede que, como decía el replicante de la futurista *Blade Runner*, los androides sueñen con ovejas eléctricas, pero, aunque digitales, no dejan de ser ovejas, al fin y al cabo. (Laguna, 34-35)

Los saberes periféricos que atesoran las epistemologías del sur (de Sousa Santos y Paula Meneses (eds.) 2014) permiten abrirse a la construcción de nuevas realidades desde las *anomalías* que rompiendo el patrón sistémico inauguran realidades inéditas.

El discurso teológico mantiene el tópico de que «los pobres nos evangelizan», nuestra perspectiva universitaria lo amplía hacia el terreno del conocimiento: ¿los empobrecidos también enseñan?, y, de ser así, ¿qué enseñan y cómo lo hacen? El

papa Francisco no duda en afirmar categóricamente que en los márgenes encontramos salvación y también conocimiento, que los descartados no solo tienen algo que enseñar, sino que su enseñanza es determinante.

Alguien puede decir: «¡Pero nosotros tenemos que formar dirigentes! Debemos formar gente que piense y actúe». Eso es cierto, hay que hacerlo.

(...) aquí está el primer desafío que les digo: dejen los puestos donde hay muchos educadores y vayan a la periferia. Busquen allí. O al menos, ¡dejen la mitad! Busquen allí a los necesitados, a los pobres. Ellos tienen algo que no tienen los jóvenes de los barrios más ricos -no es su culpa, pero es una realidad sociológica-: tienen la experiencia de la supervivencia, incluso de la crueldad, del hambre, de la injusticia... Tienen una humanidad herida. Y creo que nuestra salvación viene de las heridas de un hombre herido en la cruz.

Ellos, desde esas heridas, son capaces de dibujar sabiduría si hay un buen educador que los lleve adelante. No se trata de ir allí para hacer beneficencia, para enseñar a leer, para dar de comer..., ¡no! Esto es necesario, pero es temporal.

(...) En una congregación de monjas que tienen una vocación especial en Argentina, al sur de Argentina, en la Patagonia, les dije: «Por favor, cierren la mitad de los colegios de la capital de Buenos Aires y envíen a las hermanas allá, a aquella periferia de la Patria»; porque de allí vendrán las nuevas contribuciones, los nuevos valores, y la gente también será capaz de renovar el mundo.

(...) El fracaso más grande que puede tener un educador es educar «dentro de los muros». Educar dentro de los muros: los muros de una cultura selectiva, los muros de una cultura de la seguridad, los muros de un sector social acomodado que no sigue adelante. (2018, 82-83)

La excelencia tensiona el saber hacia las periferias como lugares hermenéuticos privilegiados desde los que leer la realidad. El descentramiento académico hacia la sabiduría de los márgenes permite percibir el rumor de los espíritus que disputan la configuración de la realidad. Un murmullo dúctil que suele pasar desapercibido en aproximaciones academicistas asépticas que generan saberes desubicados y, por lo tanto, intrascendentes en la doble acepción «espiritual» del término: carente de tensión, ni hacia abajo ni hacia arriba.

#### *Fundamentos últimos: universalidad (bien común y sostenibilidad)*

La excelencia que tensiona el saber hacia la universalidad tiene que someterse hoy al escrutinio de la sostenibilidad y el bien común. El mismo saber desubicado que resulta intrascendente para una mirada profunda de la realidad, resulta ineficaz —cuando no nocivo— a la hora de proyectar futuros posibles y deseables.



Por su propia naturaleza, el conocimiento universitario se sitúa en la vanguardia del saber y prototipa alternativas de futuro en forma de avances tecnológicos y nuevas cosmovisiones sociales. Del ámbito universitario nos vendrán —ya lo están haciendo— nuevas terapias genéticas, fuentes de energía alternativa o novedosos modelos de computación cuántica. La asombrosa capacidad científico-técnica actual nos permite logros insospechados, pero haríamos mal en confundir posibilidad técnica con excelencia. La tensión espiritual de la excelencia universitaria impulsa y celebra los avances que «estiran la realidad» hacia estadios de mayor desarrollo científico-tecnológico, pero, si es fiel a su principio de universalidad-situada, habrá de preguntarse siempre si ese avance es generalizable, esto es: si todas las personas (las presentes y las generaciones futuras) del planeta —empezando por los más vulnerables— se beneficiaran de él; más aún, si dicho avance es compatible con la pervivencia de la vida del planeta, incluyendo la de las generaciones futuras. Bien común y sostenibilidad son los criterios de discernimiento de la excelencia universitaria «hacia arriba».

La universalidad como criterio de discernimiento del saber universitario afirma un principio elemental de toda experiencia espiritual: toda buena decisión distingue claramente fines de medios, supeditando siempre los últimos a los primeros. La espiritualidad ignaciana del *magis* tematiza este criterio básico anteponiendo siempre un mismo horizonte ante cualquier decisión a tomar, es lo que se conoce como Principio y Fundamento<sup>4</sup>, una matriz que orienta todas las elecciones que el ejercitante ira tomando. El horizonte decisional de la excelencia secular universitaria tiene en la universalidad su Principio y Fundamento inamovible.

El mundo universitario debe estar especialmente alerta para no sucumbir al imperativo tecnológico que dicta que «si se puede se debe», y no perder de vista que la excelencia de su espiritualidad determina que «no todo lo que se puede se debe hacer» sino solo aquello que, desde el Principio y Fundamento de una universalidad-situada, es generalizable y sostenible. Hoy es posible generar olas para practicar surf en medio del desierto, y desde California a Dubái ya se están construyendo los primeros prototipos. Celebrar este portento tecnológico alabando la excelencia del saber humano sin cuestionar la pertinencia social de

---

<sup>4</sup> [23] El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado. De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar de ellas, quanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse dellas, para ello le impiden.

este «avance» en un mundo con cerca de 2.800.000 niños que mueren al año por desnutrición, y sin discutir el impacto medioambiental del consumo energético necesario para generar cada ola no hace sino certificar la demencia de una especie animal empeñada en autodefinirse como *sapiens*.

*Discernimiento de segunda semana: «bajo especie de bien»*

El pensamiento complejo que en la mirada interior se hacía eco de las dinámicas duélicas que habitan la realidad, se ve confrontado aquí a las sutilezas de un discernimiento que ya no tiene que decidir entre el bien y el mal, sino entre los matices de lo bueno, lo aparentemente bueno y lo mejor. Confrontados con la rotundidad de las situaciones extremas como las muertes por inanición, los conflictos bélicos, las migraciones climáticas, la violencia de género, etc., cualquier avance científico se antoja frívolo; pero nuestras decisiones personales y académicas no suelen moverse en esos escenarios tan extremos en los que se decide el bien y el mal de forma determinante (para los que bastaría criterios de discernimiento de Primera Semana<sup>5</sup>), sino en una zona de grises en los que hay que decidir entre lo bueno y lo mejor —sospechando siempre de que detrás de una decisión aparentemente buena puede esconderse un final maligno—.

Las reglas de discernimiento de segunda semana resultan especialmente útiles para discernir qué investigaciones deben acometerse en el ámbito universitario, cuáles deberían postergarse y, por último, cuáles deberían desecharse aun cuando sean factibles. Desestimadas las decisiones que atienden exclusivamente a los medios («si se puede se debe») *excelencia* y *magis* universitarios coinciden en el horizonte de la universalidad al afirmar que los conocimientos son más valiosos cuanto más contribuyen al bien común. Tanto en el ámbito personal de las decisiones particulares, como en el institucional de las estrategias colectivas, san Ignacio repetirá el mismo principio: desear siempre el bien mayor y más

---

<sup>5</sup> En los Ejercicios Espirituales a los que ya nos hemos referido, Ignacio de Loyola propone reglas de discernimiento para ayudar a identificar el origen de las mociones interiores que experimenta el ejercitante: del bien o del mal espíritu. Las divide en dos grupos: 14 reglas para la Primera Semana y 8 para la Segunda. Las reglas de la Segunda semana advierten del engaño del mal espíritu que suele presentarse inicialmente bajo la apariencia de pensamientos y deseos buenos (un ángel de luz), para acabar torciendo la intención recta del ejercitante. Así lo expresa en la 4.<sup>a</sup> Regla. La cuarta: propio es del ángel malo, que se forma sub angelo lucis, entrar con el ánima devota y salir consigo; es a saber, traer pensamientos buenos y sanctos conforme a la tal ánima justa, y después, poco a poco, procura salirse trayendo a la ánima a sus engaños cubiertos y perversas intenciones.

universal, sabiendo que el bien cuanto más universal es más divino<sup>6</sup>. Como venimos repitiendo, la universalidad de la excelencia universitaria ha de considerarse en la radicalidad de un imperativo que desincentiva toda iniciativa de la que solo se beneficie una minoría, por más que la investigación estimule la curiosidad intelectual de los implicados en ella.

En la misma senda de criterios de discernimiento de segunda semana, la sostenibilidad exige tomar en consideración todo el proceso investigador anticipando sus repercusiones finales, no vaya a ocurrir que buenas intenciones iniciales acaben haciéndole el juego sucio a los malos espíritus que amenazan la vida.

### **Universitarios «fuera de sí»**

A diferencia de las etapas de educación obligatoria en las que niños y jóvenes se suman a itinerarios formativos prediseñados, la carrera universitaria implica una elección vocacional. El alumnado universitario decide sus carreras tras valorar capacidades personales, expectativas profesionales, aspiraciones económicas, posicionamiento social, nichos de mercado, etc. A estos criterios de decisión personal, la espiritualidad universitaria añade —necesariamente y siempre— el horizonte decisional del bien común. Una universidad que se limite a responder exclusivamente a las aspiraciones personales de sus alumnos y alumnas estará siendo infiel a su responsabilidad social institucional. Y al hablar de responsabilidad social universitaria estoy yendo más allá de la mera capacitación técnica de profesionales que se adapten a las demandas de nuevas realidades laborales (no se nos escapa la crítica del mundo empresarial a la «inutilidad» práctica de muchos saberes universitarios); por responsabilidad social entiendo la determinación consciente de que los saberes generados en el contexto universitario contribuyan al bien común<sup>7</sup>. En ausencia de esa tensión espiritual hacia un bien colectivo, la universidad queda reducida a simple academia.

---

<sup>6</sup> Cfr. Constituciones de la Compañía de Jesús, capítulo 2º. De las misiones del superior de la Compañía: «[622] D. Para acertar mejor en el imbiar a una parte o a otra, teniendo ante los ojos como regla para enderezarse el mayor servicio divino y bien universal (...). Porque el bien cuanto más universal es más divino, aquellas personas y lugares que, siendo aprovechados, son causa que se estienda el bien a muchos otros que siguen su autoridad o se gobiernan por ellos, deben ser preferidos.

<sup>7</sup> Josep Miralles lanza tres preguntas a la responsabilidad del saber universitario: «*de qué se es responsable, ante quién y por qué*» (JOSEP MIRALLES MASSANÉS, «Fides II: creyentes y no creyentes compartiendo una misma misión» en *Revista de Fomento Social* 63 (2008), 715-739, p. 718.

Integrar las expectativas personales en el horizonte extenso de la contribución experta al bien común, implica una reorganización del universo decisional con el que muchos alumnos acceden a su carrera profesional. Cuando bien común — y sostenibilidad— se postulan como fines últimos del saber universitario, el resto de intereses personales se jerarquizan y supeditan en función de su contribución a esos horizontes siempre mayores. El *magis* de la excelencia universitaria jesuítica afirma sin ambages el fin último que articula su propuesta educativa: «el fin de la educación de los jesuitas es la formación de hombres y mujeres para los demás, personas competentes, concienciados y sensibilizados para el compromiso» (P.-H. Kolvenbach 1993).

La afirmación radical de un horizonte de bien común no es incompatible con la respuesta a lícitas demandas de realización y crecimiento profesionales de individuos particulares, pero sí aspira a que la excelencia personal esté siempre al servicio de la comunidad, con especial atención a los más vulnerables. El *dictum* «los mejores para el mundo» expresa bien la síntesis del *magis* universitario jesuítico.

La docencia realmente práctica debe orientarse a la formación de buenos profesionales que, siendo técnicamente competentes, sepan descubrir y vivir el sentido social de toda profesión: el servicio experto a la sociedad en un campo concreto. No se trata de formar a los mejores **del** mundo, sino formar a los mejores **para** el mundo. Por lo que la excelencia de un profesional se mide ante todo con el parámetro del mayor servicio a la familia humana. (Nicolás 2008, 7)

La espiritualidad es un ejercicio constante de descentramiento, una invitación a salir del propio amor, querer e interés<sup>8</sup> para poner la persona al servicio de un bien mayor. Una tensión que la Universidad —secular y creyente— aspira a inscribir en el ánimo de todos sus miembros.

---

Peter Hans Kolvenbach, por su parte, formula así la responsabilidad social de la universidad: «La investigación realizada por el profesorado, que “debe ser rigurosa en su racionalidad, firmemente enraizada en la fe y abierta al diálogo con todos los hombres de buena voluntad”, no sólo ha de atenerse a los cánones de cada disciplina, sino adentrarse en lo más profundo de la realidad humana, para ayudar a hacer del mundo un lugar más habitable para los 6.000 millones que vivimos en él. Quiero dejar claro que todo el conocimiento que se adquiere en la universidad es valioso en sí mismo, pero es además un conocimiento que tiene que preguntarse a sí mismo, “en favor de quién y en favor de qué” está». (2000, 184)

<sup>8</sup> Cfr. EE.EE. n.º [189]

## Trabajos citados

- De Chardin, Teilhard. *El Medio Divino*. Madrid: Taurus-Alianza, 1972.
- de Sousa Santos, Boaventura, y María Paula Meneses (eds.). *Epistemologías del sur (Perspectivas)*. Akal: 2014, 2014.
- Francisco, Papa. «Educar hoy y mañana. Una pasión que se renueva.» En *Queridos educadores. Protagonistas de una nueva educación. Discursos y mensajes del papa Francisco en sus encuentros con los educadores y sus claves sobre la educación*, de Herminio (coord.) Otero. Madrid: PPC, 2018.
- Hans Kolvenbach, Peter. «El servicio de la fe y la promoción de la justicia en la educación universitaria de la Compañía de Jesús de Estados Unidos.» En *Discursos universitarios*. Universidad de Santa Clara, 2000.
- Innerarity, Daniel. *Una teoría de la democracia compleja. Gobernar en el siglo XXI*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2020.
- Juan Pablo II. «Sollicitudo rei socialis.» 30 de diciembre de 1987.  
[https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf\\_jp-ii\\_enc\\_30121987\\_sollicitudo-rei-socialis.html](https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_30121987_sollicitudo-rei-socialis.html) (último acceso: 19 de septiembre de 2022).
- Kolvenbach, Peter Hans. «UNIJES.» s.f. <https://unijes.net/wp-content/uploads/2019/06/9.-Presente-y-futuro-INSA-ETEA2.pdf> (último acceso: 19 de septiembre de 2022).
- Kolvenbach, Peter-Hans. «La pedagogía ignaciana hoy.» 29 de abril de 1993.  
<https://unijes.net/wp-content/uploads/2019/06/8.-La-pedagogia-ignaciana-hoy2.pdf> (último acceso: 4 de octubre de 2022).
- Lacey, Hugh. «Los planteamientos de Ellacuría sobre la dialéctica de verdad y justicia.» 2002.  
<https://revistas.uca.edu.sv/index.php/realidad/article/view/4247/4242> (último acceso: 03 de octubre de 2023).
- Laguna, José. *El arte de elegir. "Coaching" ignaciano*. Segunda. Madrid: PPC, 2018.
- . *Escuelas que «futurean». La escuela católica y el pacto educativo global del papa Francisco*. Boadilla del Monte (Madrid), Boadilla del Monte: PPC, 2020.
- Loyola, Ignacio;. *Obras completas de Igancio de Loyola*. Madrid: La editorial Católica, 1963.

Nicolás, Adolfo. «Misión y universidad. ¿Qué futuro queremos?» Barcelona: ESADE, 2008.

Sobrino, Jon. *Espiritualidad y seguimiento de Jesús*. Vol. 2, de *Mysterium Liberationis. Conceptos fundamentales de la Teología de la Liberación*, editado por Ignacio Ellacuría y Jon Sobrino, 449-476. Madrid: Trotta, 1994.

—. *Fuera de los pobres no hay salvación. Pequeños ensayos utópico-proféticos*. Segunda. Madrid: Trotta, 2007.